

# CARLOS AZCARATE Y ROSELL

## I

### EL HOMBRE

ESTAMOS en 1923. Yo me figuro que el curso que comenzó ese año y terminó, para los estudiantes de Derecho, en 1927, cerró el ciclo de la bohemia estudiantil; lo que no quiere decir que los estudiantes de hace veinte años no se dieran tareas de noble elevación; en 1923 se celebró el primer Congreso Nacional de Estudiantes.

Fernando Díaz de la Rionda, amigo íntimo y colaborador de Azcárate en el Ministerio del Trabajo; Fernando Díaz y yo, representábamos en el Congreso al Colegio de Hermanos Maristas, donde nos educamos; Azcárate, graduado unos años antes —muy pocos— asistía al Congreso como asesor de la Delegación del Colegio De la Salle. Ilustres miembros de la judicatura y del foro de hoy tomaron parte en ese primer Congreso: Emilio Menéndez, Antonio Iglesias, Pedro Entenza, Sirgo, por no citar otros nombres.

Aquella noche se discutía una ponencia apoyada por el prestigio y la popularidad indiscutibles de Mella: «La influencia perniciosa de la educación religiosa»; los partidos que fuimos llamados de derecha ocupamos los turnos reglamentarios y, al llegar el de la delegación del Colegio De La Salle, ocupó Carlos Azcárate la tribuna estudiantil. Su discurso, anclado en la argumentación más rigurosamente silogística, como todos los suyos, pero, también como todos los suyos, vehemente y arrebatado, sacudió de tal manera a la asamblea, que ésta, puesta de pie, prorrumpió en forma de una ovación delirante y cerrada. Un grupo, de esos cuyo valor se afina en el número —que no estaba formado, por supuesto, por congresistas de alguna de las delegaciones acreditadas en el Aula Magna—, utilizando como parapeto alguno de los grupos ornamentales del exterior, interrumpió el discurso de Carlos con un insulto soez. Azcárate saltó de la tribuna como impulsado por una catapulta, y con tales bríos hizo frente a sus gratuitos injuriadores, que sólo la intervención enérgica de Julio Antonio Mella, que presidía la sesión y corrió tras él, pudo evitar que castigara a los que lo habían injuriado.

Cuando sus compañeros tratábamos de disuadirlo, restándole importancia a la ocurrencia, se oponía resuelta y enérgicamente a nuestro propósito, con frases que anunciaban ya al jurista integral, al filósofo del Derecho —y al devoto de Ihering—: Oponerse a la injusticia es un deber del hombre para consigo mismo y para con los demás. Para consigo mismo porque es un precepto moral que debe cumplir; para con los demás porque la oposición a la injusticia no triunfa más que cuando todos la practicamos.

## II

### EL JURISTA

Carlos Azcárate fué un jurista en todo el noble y extenso sentido del vocablo. Para él, jurista no era quien conoce más o menos bien la letra de los códigos, sino, siguiendo a Celso, quien está penetrado del sentido y potestad de la ley. Azcárate perteneció al séquito, corto pero glorioso, de los que creen que es indispensable para la felicidad de los pueblos y para el porvenir de la persona humana, es decir, para la vida del Derecho, intentar una concepción universal de éste antes de emprender cualquiera revisión valorativa del mismo. Su labor como tal fué constante, incansable y gloriosa. Primero, como abogado, practicando en los bufetes de su ilustre padre, a los comienzos de su brillante carrera, y de Mendoza, más tarde; después como magistrado de la Audiencia, a cuya labor dió tono no solamente su infatigable dedicación y su indiscutible superioridad, sino, también, su amorosa simpatía a toda idea de progreso.

Su labor bibliográfica —aparte los Estudios de Filosofía del Derecho—, se extendió a numerosas monografías: «El adulterio», «La pena de muerte», «De Bergson al neotomismo», etc.

Su postura como tratadista se ilumina con el lema de su último libro, las palabras siguientes: Todas las convicciones son respetables a condición de que sean respetuosas.

## III

### EL FILÓSOFO DEL DERECHO

Una emoción muy íntima, muy profunda, imborrable, me produjo la dedicatoria con que llegó a mí el libro «Estudios de Filosofía del



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Derecho». De ese sentimiento hice eco en el artículo bibliográfico que oportunamente le dediqué. No se trata ahora de volver sobre lo ya hecho, pero parece discreto recordar el entusiasmo con que recibió el libro la crítica del país y, sobre todo, la extranjera, y los comentarios que provocó en todas las publicaciones responsables, por ejemplo, el Boletín Bibliográfico del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad de México —que tuvo la satisfacción de poner en sus manos—.

«Deseo por el contrario reiterar, a modo de glosa final, que no es el hecho, siempre efímero, el que importa primordialmente a la filosofía jurídica, sino la idea, siempre situada más allá del pobre arbitrio de los hombres». Las anteriores palabras, que sirven de colofón al último libro de Azcárate, trazan con vigor singular la silueta de filósofo del autor.

## IV

## EL HOMBRE PUBLICO

... la idea, siempre situada más allá del pobre arbitrio de los hombres... Al escribir estas palabras, Azcárate, sin saberlo, escribió el drama de su vida, su angustia de cristiano y su propio epitafio.

La labor de superhombre que lo llevó al sepulcro se consagra —y recibe sentido— en esas palabras. Sentido cristiano, verdaderamente cristiano, por encima de intereses bastardos —inconciliables con su honradez innata—, por encima de banderías políticas —con las que su rectitud era implacable—.

Azcárate ha muerto después de una carrera gloriosa, mejor dicho, en plena gloria; los que mueren así —dirán algunos— son los verdaderamente amados de los dioses. Yo, que soy profundamente cristiano, como lo era él, he de decir: Azcárate trabajó toda su vida —especialmente en sus últimos días— en la búsqueda de un ordenamien-

to social cuyo fin próximo fuera la elevación del conjunto de los hombres a una vida auténticamente social y económica», pero sabiendo que esa vida es el paso a «comuniones superiores»... él ha pasado ya a esa comunión superior.

## EPITAFIO

En la primera ocasión que el agobiador trabajo de mi amigo me deparara, pensaba llevarle un ejemplar de mi libro «La persona humana frente al Derecho». La dedicatoria que dictó la admiración más sincera, me ha de servir ahora —¡quién lo hubiera dicho!— para dibujar toscamente el perfil de su figura gigante y para marcar la cruz sobre su tumba:

«A Carlos Azcárate, pensador sereno y ponderado, filósofo sutilísimo, ilustre jurista, buen amigo...»

Miguel F. MARQUEZ.

*M. Sep 17/46*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA